

LA CEPEDA DESCONOCIDA

Por Antonio Natal Alvarez

27 8907

Al tío Antonio, que cortó muchas «urces».

LA CEREDA DESCONOCIDA

I.—A MODO DE ETIMOLOGIAS (1).

La etimología del término Cepeda aún no está suficientemente perfilada. Algunos estudiosos sostienen que el término Cepeda procedería de la palabra "cepa", vocablo utilizado para denominar las plantas de una viña.

Esta teoría no carece de fundamento, aunque actualmente nos parezca extraña. Hoy quedan muy pocos viñedos en la Cepeda y los existentes son de escasa calidad. Ahora bien, en esta zona, hubo viñedos antes. En las viejas pallozas de la Cepeda aún se pueden encontrar "llagares, cubetos, pellejos y barriles".

Los barriles constituyen una obra de fina artesanía. Están hechos de mimbres entrelazados y untados de pez. El vino no se "arrama" al guardarlo en este vegetal recipiente.

La utilización de los instrumentos antes mencionados, así como las canciones y dichos relativos al vino, nos hacen entender que en la Cepeda se cultivaron viñas, especialmente las variedades moratón e híbridas negras. Se conocía perfectamente el proceso para la elaboración del vino y del orujo: "Llavar bien los cubetos es el secreto. Echarye buena madre y un jamón dentro".

El vino de la Cepeda tiene pocos grados, pero bastante buen paladar y propiedades digestivas.

El vino se bebe a cualquier hora del día y el orujo o aguardiente se toma "en ayunas", o con el café después de las comidas.

No obstante, en torno al orujo se desarrolló todo un ritual. Hace algunos años existía la costumbre de celebrar el santo de cada miembro de la familia ofreciendo una copa de orujo a todos los familiares y amigos. Al alba, se cogía la botella y la copa y se visitaba casa por casa, sorprendiendo, en muchos casos, a la gente en la cama. Los mayores tomaban una o dos copas de orujo "a palo seco"; a los niños se les ofrecía pan regado con aguardiente. Cuando a un familiar no se le llevaba la copa de orujo, quería decir que las relaciones no eran buenas.

En las majas era típica la copa de aguardiente antes de comenzar el trabajo de la mañana. Cuando se metía el *muelo* (2), lo apropiado era beber vino caliente mezclado con miel, azúcar y alguna hierba aromática. Conviene recordar que se trata de una receta milenaria, y que a esta bebida se la llamó en otro tiempo néctar o ambrosía.

En algunos pueblos cepedanos existe un gran número de alcohólicos, comparable a los "mejo-

(1) En este estudio, y en los que le seguirán, nos referiremos fundamentalmente a los siguientes pueblos de la Cepeda: Castro, Quintana, San Feliz, Escuredo, Morriondo, Ferreras y Riofrio.

(2) Muelo es el montón de grano resultante de desgranar o *majar* el centeno. Originariamente se majaba a *manueca*, —instrumento formado por dos palos, *manueca* y *piertío*, unidos por un cuero—. Se desgranaba a base de golpes.

res" pueblos del Bierzo. Hacemos alusiones al Bierzo, porque estas dos comarcas mantuvieron en tiempos pasados un intenso comercio. Unidas por una vía romana, se intercambiaban licores, alimentos y mano de obra. Los bercianos tienen fama de ser buenos segadores a hoz. Estas dos zonas se intercambiaron, cómo no, las canciones (3):

"Si el vino del Bierzo bajo/ no se bebiera, no se bebiera;
no habría tantos borrachos/ en la Cepeda, en la Cepeda".

Otros autores quieren extraer de la raíz de las "urces" la etimología de la Cepeda. El cepo o cepa, raíz de las "urces" era utilizado como leña en esta zona. Aún podemos ver a la puerta de casa —en S. Feliz, por ejemplo— montones de cepos, listos para calentar las largas noches del nevado invierno cepedano.

Las urces son muy abundantes en los montes de la Cepeda. Se utilizaron y se utilizan, menos desde luego, para "arrojar" (4) el horno. Antes se amasaba en casa y se cocía el pan en el horno. El hurmiento o levadura casera, se pedía a algún vecino que hubiese amasado por aquellos días. Todo el mundo tenía presente que cuando fermentara la masa de la masera, debía apartar un poco, por si alguna vecina la necesitase. Este trozo de hurmiento iniciaba, en otra nueva masa, el proceso de fermentación. Existía, de esta forma, una comunicación constante entre las personas que comían del mismo pan.

Una vez arrojado el horno, se procedía a barrerlo con una "mundilla" —haz de paja fuertemente atado y humedecido—.

Las "uguazas" eran "enfurnadas" con el "furganero" —pala larga de madera—. El "cadadiello" —palo largo terminado en curva— se utilizaba para mover dentro del horno las hogazas, las tortas o las patatas.

El día "la maja", el día "la mata el gocho" —cerdo—, y el día en que se amasaba, constituían verdaderas fiestas familiares, a las que no podía faltar el pastor.

La torta se hacía de masa, tocino y chorizo troceados. También se hacían de aceite y azúcar —esto sólo ocurría en los mejores tiempos, porque aceite y azúcar eran manjares escasos y lujosos—. La masa empleada solía ser de centeno. Molida en los molinos particulares o comunales, la harina era cernida con ciñeras o cribas para separarle el salvado. En los tiempos de más escasez se hacía pan integral. Recientemente el trigo ha desbancado al centeno. Se amasa trigo o se compra el pan al panadero. Durante algunos años se canjeó centeno por trigo en algunos pueblos de la Ribera.

Cepos y urces son la leña propia de las cocinas viejas en las que se curan las matanzas.

En los malos tiempos de postguerra, los beneficios de la venta de urces quitaron el hambre en muchas casas pobres. Los hombres iban al monte a cortarlas, y una vez secas, se ataban en feiges —haces—, se cargaban en un carro de vacas para venderlas en los pueblos de la Ribera. Este trabajo debía hacerse clandestinamente. Generalmente se cargaban en el carro durante la noche, pero, debido a los malos caminos, el carro se volcaba con facilidad, provocando un sinnúmero de odiseas. Las gentes, normalmente mal alimentadas, al observar luces nocturnas en los montes cepedanos —sin duda, de los furtivos de las "urces"— creían que eran fantasmas. Por esta razón se fundó la Cofradía de las Animas.

Nuestra opinión particular es que la Cepeda pudo dar apellido a los Señores Sánchez, después

(3) El vocabulario de algunas poblaciones de la Cepeda es bastante similar al antiguo lenguaje del Bierzo. No obstante, en la Cepeda se conservan más de trescientas palabras y expresiones distintas del castellano oficial, que no tienen equivalencia en otros lugares. (Ver el estudio "Vocabulario del Bierzo", de Verardo García Rey. Ed. Nebrija, 1979).

(4) Arrojar = poner al rojo.

Señores de Cepeda, o al revés, es decir: que los ricos comerciantes Sánchez de Cepeda dieron su nombre a esta zona.

Se sabe que para evitar problemas con el Santo Oficio, los judíos conversos, como es el caso que nos ocupa, debían despojarse de su apellido judío y tomar otro —generalmente relacionado con la tierra en que vivían—.

Santa Teresa de Jesús (Teresa de Cepeda y Ahumada) no fue hija de “cristianos viejos”, sino que procede de “cristianos nuevos” o judíos conversos (5).

Hay pruebas suficientes para afirmar que la Inquisición de Toledo condenó a sus abuelos y tíos paternos por “judaizar”. Estos familiares de Santa Teresa habían abjurado del judaísmo por 1390. En la Iglesia de Santa Leocadia se expuso la sentencia inquisitorial contra los mercaderes Sánchez de Cepeda. 1485 es la fecha decisiva. Los señores Sánchez abandonan Toledo y se dirigen, según se dice, a Avila.

Nosotros sostenemos que algunos miembros de la familia Sánchez de Cepeda vinieron por estas fechas a la Cepeda (León). En el Ayuntamiento de Quintana del Castillo —antes Quintana de Cepeda— se conservan valiosos documentos anteriores a 1605 en los que se alude claramente a los Caballeros de Cepeda que tienen castillos en tierras de León.

Algunos estudiosos sostienen que la familia Sánchez de Cepeda vivió en la Cepeda (León) antes de vivir en Toledo, y que durante algunos años se ocuparon de la explotación de las médulas de Castro de Cepeda, e incluso de las de Villaviciosa.

Según documentos posteriores, los Reyes dispensaron a los Señores de Cepeda del deber de pagar impuestos, dado que ayudaron al Monarca en campañas militares.

Según la leyenda, los Señores de Cepeda vivieron en el castillo de Quintana de Cepeda, que gracias a la importancia estratégica del castillo, se llamó después Quintana del Castillo.

Al parecer, las sublevaciones de vasallos no eran infrecuentes. En una leyenda se dice que “los vasallos de Ferreras incendiaron el castillo de Castro de Cepeda”, mientras en otra se afirma que “los vasallos de Riofrío —Fuentefría— destruyeron parte del castillo de Quintana”.

De Riofrío y Ferreras se conservan muchas leyendas que expondremos en otro trabajo. Algunas de éstas están relacionadas con el oro y otras con las pestes.

Comenzar un estudio serio sobre algunos pueblos de la Cepeda —hasta la fecha, casi desconocidos— no es tarea fácil. Una buena parte del material útil al respecto ha desaparecido. El olvido ocultó señales de identidad. La malformación educacional facilitó la pérdida de preciosas tradiciones. Una incultura iconoclasta robó las piedras de los monumentos celtas, romanos o medievales, para cercar con ellas los prados o las fincas.

Nuestro trabajo es más una recopilación que una hermenéutica. Convendría que la documentación aportada en este trabajo fuese examinada por filólogos, historiadores o antropólogos.

(5) En el Ayuntamiento de Quintana del Castillo se guardan valiosísimos documentos, firmados por Reyes y Nobles, anteriores a 1605, donde se habla claramente de los Señores de CEPEDA. Según testimonio del Profesor D. Víctor García de la Concha, han desaparecido de Valladolid “importantes documentos relacionados con la familia de Santa Teresa, relativos a sentencias de la Inquisición. Parece que dichos documentos daban nuevos datos sobre Teresa de Cepeda”.

Conviene recordar que en la provincia de León existió una veneración especial por esta Santa, traducida en importantes retablos de iglesias y catedrales: León, Astorga, Bembibre, etc.

II.—LA CEPEDA CELTA.

El origen astur-celta de la Cepeda no ofrece demasiadas dudas. Las pallozas, los juegos, la toponimia y los hallazgos arqueológicos, son buenos testimonios a favor de la época celta de la Cepeda.

En el Museo de San Marcos (León) se conservan utensilios celtas procedentes de los pueblos cepedanos que nos ocupan.

El nombre de los lugares fue asumido por las poblaciones que más tarde se asentaron en las colinas fortificadas por celtas o romanos. Castro es una palabra de procedencia latina. Castro de Cepeda querría decir fortaleza romana en este lugar de la Cepeda. No obstante, existe una etimología más ingenua del término castro: En la Cepeda también se le llama castro al trozo de terreno donde se asientan los bolos. En este sentido, castro también podría significar lugar de asentamiento celta, o romano —celta romanizado—.

Probablemente los juegos fueron para los celtas un entrenamiento para la guerra, o un adiestramiento para la caza.

Perduran en los pueblos cepedanos algunos juegos celtas. Algunos, los bolos entre ellos, se practican aún, otros son solamente recuerdos. En Ferreras, San Feliz, etc., se juega cada domingo a los bolos. Durante las fiestas se celebran competiciones. Pero lo que más "le presta" a la gente es jugar tranquilamente, rodeada de un corro de curiosos que comentan las jugadas, que gastan cordiales bromas. Se apuestas "cuartillas" de vino, se desafía a los gananciosos.

Hay personas que juegan con verdadero arte. El Sr. M... de Morriondo de Cepeda ganó hace un año el concurso de Astorga. Durante bastante tiempo, dos jugadores de Ferreras ganaron los concursos de la romería de La Garandilla. Una buena parte de los cepedanos acudía a esta fiesta. También se iba a los Remedios, a las "anovenas" de la Virgen del Camino, a la Candelaria de Sueros, a Santa Lucía de Ferreras y a San Roque de Riofrío.

San Roque libraba de la rabia y de la peste. "En Riofrío murieron de peste todas las personas del pueblo menos dos mujeres que invocaron a San Roque. En acción de gracias, le construyeron una ermita". (No se trata de la peste negra, sino de otra bastante posterior).

El *tuso* sería otro juego celta: una variedad en piedra de algunas modalidades de bolos. La *cocha*, "a cortarse las vueltas", etc., son juegos de probable procedencia celta. Se trata de ejercicios ofensivo-defensivos, que requieren agilidad, puntería, velocidad. Los instrumentos necesarios para jugar no pueden ser más simples: un palo, unas piedras, un hoyo.

—EL CULTO A LOS ÁRBOLES:

La Cepeda era hace sólo unas centurias un inmenso bosque de encinas y robles. Algunos decenios ha, una parte de la Cepeda conservaba aún sus bosques de roble. Era un lugar verde y paradisiaco, salpicado de pequeñas fuentes y recorrido por miles de ovejas que formaban surcos blancos en todas direcciones. Las cabras, también abundantes, se agolpaban alrededor del pastor que sacudía las "rebollas" para que cayesen las bellotas.

En algunas localidades aún quedan resonancias del culto celta a los árboles. Cerca de Sueros, en Vallobar, vivió en solitario una milenaria encina. Nadie tenía el valor de cortarla; hacer eso "era una monstruosidad". Mas como en el mundo también hay monstruos, un día desapareció la enigmática encina. La noticia consternó a la gente y algunos pedían la cabeza del culpable.

"La cofradía de la encina" existía de hecho. Las gentes sintieron la necesidad atávica de venerar los árboles y el mito emigró tácitamente a otra encina solitaria, sita en "Los Chanos". Aún se conserva este árbol que da sombra a los "asoliados" segadores.



El oro de las médulas trajo a los Señores de Cepeda a tierras de León. Celtas, romanos y árabes padecieron la fiebre del oro.



Palloza transformada en molino. Las losas insertadas en el techo recubrieron, en otro tiempo, canales de las médulas.



Juego de bolos en Ferreras de Cepeda.



Calles enramadas. Fiestas de San Juan. La Cepeda, 1981.

Cuando los poblados celtas crecieron, los árboles quedaron fuera de los pueblos. Este hecho traería serias consecuencias: Los dioses, que habitan en los árboles y por ellos se manifiestan, quedaron lejos, y su protección ya no llegaba eficazmente. Entonces, los celtas decidieron traer árboles al poblado durante una época del año, con el fin de que regresaran con ellos los dioses fértiles y protectores. Esta tradición se continúa en los "mayos".

Se trae un árbol y se planta en la plaza del pueblo. Se hacen las fiestas y se ponen por las calles ramas. También se colocan ramos en las casas de las mozas a fin de que sean visitadas por los dioses venturosos y fértiles.

Otra costumbre relacionada con la anterior, consiste en "enramar" las calles para celebrar la fiesta de San Juan, la fiesta Sacramental o cualquier otro acontecimiento especialmente relevante. En algunos pueblos de la Cepeda, las calles son engalanadas con ramas de los árboles más típicos. Se siembran de tomillo, romero y piorno: todo el pueblo huele a campo.

En la Cepeda existen varios ejemplos de culto a los árboles. Uno de los más sobresalientes está en Ferreras, en el paraje llamado "Los Fueyos". Este lugar limita con "Vallín de los Cuelmos", "El Chanico" y "Valdevela".

En "Los Fueyos" existen aún unos robles que están cargados de magia y de leyenda. Siempre ejercieron una fuerte imantación sobre el interés de los lugareños. Se les podría llamar faro vegetal y balcón. "Los robles se ven desde las cercanías de Astorga —dice el saber popular—, desde las cercanías de León, desde la Ribera, desde los sitios más diversos de la Cepeda".

Se dice que estos robles orientaron a los pastores, a los caminantes, a los guerreros...

Estos árboles de "Los Fueyos" podrían estar situados en los límites de un hipotético poblado celta. Las razones que nos inclinan a defender esta hipótesis son las siguientes:

a) Los robles están plantados en un magnífico observatorio. Se sabe que, en distintas culturas, se emitían múltiples señales luminosas o de humo desde estos lugares estratégicos.

b) Desde este poblado podría controlarse el camino de Astorga, ruta muy frecuentada por los montañeses y cepedanos que acudían a los mercados y a las fiestas de Astúrica Augusta.

c) En este lugar existe una cruz que, según la tradición, "recuerda que aquí murió congelado un estudiante montañés que se dirigía a Astorga". Es bien sabido que algunas de estas cruces son simplemente cristianizaciones realizadas sobre lugares sacros o significativos en culturas paganas.

d) La existencia de grandes bancales rectangulares, completamente inhabituales en esta zona. Aquí encontraron útiles celtas.

e) La toponimia. "Vallín de los Cuelmos", por ejemplo, es un nombre que nos remite a la cultura celta. El *cuelmo* es un haz de paja ya degranada, utilizado para construir el techo de las pallozas. El manajo, por el contrario, es un "feije" de mies, pero sin degranar o majar. El *cuelmo* se utiliza también para hacer *paizos*. El *paizo* es un puñado de *cuelmo* fuertemente atado que se empleaba para diversos menesteres: Señalar un lugar prohibido para animales o personas —apaizar—. Iluminar, a modo de antorcha, los caminos nocturnos —una vez que se le prendía fuego—.

f) Este lugar fue después romanizado, poniéndose el nombre de "Valdelaquintana". Los romanos, en ocasiones, ocuparon poblaciones celtas.

—LAS CANCIONES:

La Cepeda es una tierra rica en "tonadas" (canciones). Tonadas de ronda, romances, sones de baile, canciones profanas, canciones religiosas relativas a los misterios de la Navidad o de Pascua. Las tonadas procedían de la Montaña, de Galicia, Asturias, el Bierzo o de la Maragatería.

Es difícil establecer cronologías precisas acerca de estas canciones. Algunas de ellas son versificaciones sencillas realizadas por trovadores del pueblo. Las componían en las veladas y las “entonaban” a las mozas.

Conocemos perfectamente la tonada —música— y la forma de bailar viejas canciones. Se trata de danzas traídas probablemente por los gallegos que acudían a las ferias o a los trabajos de temporada —“las siegas”, la vendimia, etc.—. Esta primitiva emigración gallega es bien notoria. Rosalía de Castro nos la recuerda con belleza sentimental:

“Castellanos de Castilla,
tratade ben os galegos,
cando van, van como rosas
cando ven, ven como negros”.

Estas danzas se acompañaban con la pandereta (Pan era “el dios que alegraba a todos”). En la Cepeda, se bailan con un ritmo frenético y dulce, duro y lírico como el alma celta. Las letras incrustadas en estos sonos o danzas, han sufrido diversas modificaciones: Asumieron estribillos de canciones de ronda, retoques de los trovadores locales, etc. Hacen relación al aire, al agua, a los ríos o al mar. Como se sabe, los celtas adoraban estos elementos de la naturaleza.

Danza o canción n.º 1:

“A la puerta llaman / sal a ver quién es.
Es un marinero / que me viene a ver.
Que con él me marchó / que con él me iré.
Que con él me marchó / para no volver.

Dices que no la quieres
y vas a verla,
esas no son señales
de no quererla.
Amor mío, amor mío,
vuelve mañana,
que es muy larga la ausencia
de una semana.

A la puerta llaman / sal a ver quién es...”.

Danza o canción n.º 2:

“Aire que vienes de arriba,
no me despeines el pelo,
que lo traigo peinadito
de manos de un caballero (marinero).
A la mar fui por naranjas,
cosa que la mar no tiene;
metí la mano en el agua,
la esperanza me sostiene.

Que déjame subir al carro, carretero,
que déjame subir al carro que me muero.

Al río, al río, al río, al río.
Al agua, al agua, al agua, al agua.
Al río, al agua, al agua, al río,
prenda querida del alma.

Aire que vienes de arriba...”.

Las referencias al mar y a los marineros permiten suponer la procedencia costera de estas canciones.

El agua como elemento purificador estuvo presente en diversas culturas. En la Cepeda se conservan antiquísimos ritos y leyendas sobre el agua como elemento purificador.

Hace pocos años murió la tía S...., y con ella un rito. Esta señora poseía una piedra —se decía que era un meteorito— llamada “alicornio”. Con ella trazaba signos sobre el agua de un recipiente. El agua quedaba purificada y purificaba de cualquier picadura de animal venenoso. En primer lugar, había que untar la parte de la picadura, y después, la persona o animal dañado debía tomar un poco de aquel agua.

Era muy corriente la costumbre de bendecir las fuentes antes de beber, por si en ellas había algo venenoso. Durante muchos años se creyó que la peste negra se producía por un envenenamiento de las fuentes. En algunos pueblos de la Cepeda hubo diversas pestes. Se creía que el agua envenenada era la causa de estas epidemias. Durante varios años, los moros pagaron la culpa de estos envenenamientos que, en opinión de los indígenas, se producían como consecuencias de estrategias de guerra.

Hasta los niños cepedanos sabían fórmulas para “bendecir” fuentes. Una de ellas, válida también para ahuyentar los malos espíritus, rezaba así:

“Tanto hay d'aquí p'allí,
como d'allí p'aquí.

Al pronunciar esta fórmula, la mano, sumergida en el agua, debía señalar los cuatro puntos cardinales o hacer la señal de la cruz.